

El desconcertante llamado del prójimo

Luis Armando Aguilar Sahagún

Al hombre no le resulta fácil amar. Es cierto que hay ámbitos en los que el amor parece lo más natural y espontáneo, como el que se da entre un padre por su hijo. Pero la exigencia del amor es grande, casi excesiva. Sin duda entra en juego la centralidad del yo de cada persona, en cuanto sujeto, actor y autor de sus propios actos.

El paso de esa centralidad al egoísmo pareciera un deslizamiento inherente a la condición del hombre. Cuando ésta se acepta sin más como “dato primordial”, queda abierto el camino de una comprensión trunca de lo que el hombre realmente es. Lo trunco está en que **eso que realmente es, es** para cada persona **una tarea**. En eso consiste uno de los rasgos fundamentales del concepto de “persona”: ser llamado a ser, a superarse, ser por cuanto es capaz de salir de sí en la relación. Su realidad es aún incompleta; su ser es su ser posible.

La salida de sí tiene muchos modos. Entre amigos se da en reciprocidad de gestos, empeños, proyectos y apoyo en el camino de la vida. Entre amantes se da en la búsqueda de hacer feliz al otro en medio de la fascinación y el gozo de sentirse amados. El amor de una madre es sin duda algo peculiar. Pareciera que su capacidad de amar es inherente a su capacidad de engendrar un “fruto de sus entrañas”. Quizá el varón pueda amar a sus hijos con la misma intensidad. Pero siempre corre el riesgo de amarlos prevalentemente en cuanto suyos, no en cuanto otros. En cuanto “mi descendencia”, “mi proyección”, mi futuro, no en cuanto “ellos mismos”, “hijos del anhelo de la vida” (Jalil Gibrán).

Los hombres parecen requerir de pretextos para poder amarse. La solidaridad es una palabra que apela al “solidum” que constituye a los hombres como un todo, a la vez que encierra una exigencia de que eso llegue a ser una realidad en todos los campos de la convivencia. Surgen así principios, lemas, consignas. “Todos los hombres son hermanos”. Esto es verdad, a la letra, sólo si se acepta que todos son hijos de un mismo padre. Y esto supone una fe, y una experiencia, y un referente histórico concreto, como el que los cristianos visualizan en Jesús en relación con Dios Padre, o los judíos en su relación con Yahvé.

Del asombro al amor

El difícil arte de amar pasa por el asombro frente al otro. En el otro se presenta una demanda de respeto incondicional. Es esa sin duda un llamado al amor en el orden público. De ahí que se haya podido hablar, en los viejos manuales de moral social cristiana, de “amor social”. Hoy se prefiere poner a la justicia como virtud pública en el centro de la Ética, y se apela a mínimos exigibles de acuerdo con reglas de procedimiento.

Emmanuel Lévinas (1906-1995) es quizá el filósofo contemporáneo que haya pensado la relación humana con mayor hondura. Ha tenido la intuición de plantear la Ética como “filosofía primera”, con una audacia no menor a la de Aristóteles respecto de la teología. La

singularidad de lo que este pensador ha planteado es de una enorme sencillez. Podría decirse que viene a poner la pregunta dirigida por Dios a Abel en el libro del Génesis en una fascinante envoltura filosófica: “¿Dónde está tu hermano?” Lévinas es un judío que ha hecho el gran experimento de pensar en categorías griegas y germánicas las demandas proféticas de la Biblia. Su experiencia de vida como migrante de Lituania, como discípulo de Martin Heidegger en la Alemania dominada por el Nacional Socialismo, como sobreviviente del Holocausto, como lector y comentarista del Talmud y de los grandes escritores rusos, ha cristalizado en una obra de gran calado filosófico, tan demandante de paciencia como sugerente.

En el momento en que la filosofía parecía tener que volver a los presocráticos para sacar de los escombros la pregunta por el Ser (“¿Por qué hay algo y no más bien nada?”), o bien, cuando la deriva civilizatoria parecía dar cada vez más la razón a las demandas de la ciencia y de los positivistas de un lenguaje sobrio y ajeno a toda especulación metafísica, de una visión rigurosa y sistemática de la realidad; cuando las cuestiones morales parecían caer en una casuística de alta escolástica y la Ética se convertía en demanda de rigor y formalidad para poder establecer criterios normativos de validez general, aparece la obra de Lévinas como una exigencia de simplemente “ver” al prójimo, dejarlo aparecer, sin abarcarlo, demeritando la voluntad de poder. Mirar su “rostro” en lo que esconde de demanda y fragilidad.

Hacer de la Ética una “óptica” bajo la cual el otro demanda, para empezar, ser afirmado en su otredad, con un simple y categórico “no me mates”. Y luego, si no domina la percepción sobre la manifestación del otro, dejar que se imponga la demanda de responsabilidad ilimitada.

Ética de la “responsabilidad”

Lévinas fue un lector de Dostoievski desde su juventud. Y sin duda fue impactado por el pasaje en que en Los hermanos Karamazov el *Staretz* de un monasterio donde se formaba el joven Aliosha, hace una afirmación contundente: “Todos somos culpables por todo y por todos y *yo más que todos*”. En una novela puede aceptarse una frase así, como una hipérbole que da belleza a la figura del personaje que la pronuncia. Un santo varón que encarna la bondad y la sabiduría. Dostoievski apela en labios de este personaje a una solidaridad universal en el estado de desgracia en que se encuentra la humanidad. Se trata sin duda de una experiencia que caló muy hondo en el alma del gran escritor ruso, desde que fuera deportado a la prisión de Siberia. Lévinas ha tomado en serio el sentido de ese sentir, como un sentir ético. El sujeto “*soy yo*”, ineludiblemente, en la medida en que respondo al Otro, por el Otro que me convierte en su rehén hasta el extremo de la sustitución.

El hombre no es humano, sin más, por el solo hecho de existir en el mundo, como miembro de la especie. La humanidad la recibe del Otro. Se es humano en la medida en que se es capaz de responsabilidad. No hay, como ocurre para Martin Buber, en esa relación ni simetría ni apertura a un Tú. El “rostro” puede ocultarse bajo muecas, visajes y todo cuanto pide el pudor de no exhibir la propia necesidad. Si Yo soy capaz de captar ese rostro me sitúo en una relación que mira al otro de abajo hacia arriba, es decir, que reconoce una “altura” que no alcanzo ni puedo pretender nivelar. Una altura Ética.

Lo propio del hombre como “ser en el mundo” es, observa Lévinas, el permanecer. Un aferrarse a lo suyo, un hacer valer los propios intereses. Lo propio del hombre humanizado por su respuesta al Otro es el “*des-inter-es*”. Es este el “milagro” que fascina a Lévinas, el que sobre la tierra existan seres con esa capacidad. A tal punto, que el filósofo de origen lituano equiparará esa actitud con lo que bíblicamente se designa como “santidad”. Una “irrupción” en el seno de las relaciones humanas, en las que lo más natural es que la propia libertad esté amenazada por el otro, que busca apoderarse de mí si eso favorece su afán de autonomía y de dominio. La irrupción del Otro corta drásticamente con el modo de la sociedad, instaurando la única posibilidad de la bondad y de la justicia con que se cuenta en el mundo.

En lenguaje bíblico, esta posibilidad equivale al tiempo mesiánico. Dios, el innumerable, designado en el pensamiento de Lévinas como “Infinito” es vivido en su “presencia” cada vez que un hombre acude en solicitud por otro hombre.

Mucho hay que aprender de esta gran lección del filósofo de Kaunas. Sus obras, “Totalidad e infinito”, “De otro modo que ser, o más allá de la esencia”, “Humanismo del Otro hombre”, “Difícil libertad”, entre las más destacadas, son muestra de una vigorosa forma en que en el mundo moderno, entre las disquisiciones de los filósofos del lenguaje, de la ciencia y de la técnica, se busca dar voz a la “otra voz”; se busca reconocimiento a lo que por principio carece de él, se intenta afirmar la pluralidad en medio de raseros morales que establecen la igualdad de forma aritmética, o donde el respeto es la manera de poner límites a lo que puede demandar el hacerme verdaderamente responsable del débil, del huérfano y la viuda. Todas las relaciones humanas tendrían que poder verse reflejadas bajo esta óptica; “tendrían que”: demanda que cobra sentido sólo en lo concreto, en lo inmediato de una presencia frente a la que siempre es posible pasar de largo. El pensamiento de Lévinas no propone normas, sugerencias, recomendaciones. Tampoco apela a la generosidad o a la buena voluntad. No hace más fácil el camino del amor, pero sí logra imprimir una desconcertante motivación. Es como un dedo señalando las exigencias de un “amor activo” que se mueve en favor de los débiles como verdadero acto sacramental y como eco de una voz silenciosa que resuena en los sordos oídos de Caín.